

En las tradiciones de Weber y de Marx. Reflexiones sobre un artículo de Waldo Ansaldi

◆ *Carlos Astarita*

Introducción

En *Sociohistórica* 11/12, Waldo Ansaldi elabora una perspicaz crítica sobre mi concepción acerca de divergencias entre las prácticas de los historiadores y la sociología histórica (Ansaldi, 2002). Aludí a esas divergencias en un artículo sobre el uso de categorías analíticas en el examen de sociedades premodernas, en especial de la Edad Media (Astarita, 2000). Al observar la importancia que se otorga a la acción social, tanto en la historiografía como en la sociología histórica, descubrí una diferencia específica entre estas dos disciplinas. En la primera, el punto de partida está en la documentación, en las fuentes; en la segunda, ese punto inicial está en el esquema conceptual, en el modelo. Estimé que era una disparidad sustantiva; es la apreciación que Ansaldi cuestiona. El objeto de este ensayo es proponer algunas consideraciones que aclaren mi argumento.

◆ Investigador del Conicet. Docente e Investigador de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, en el Centro de Estudios de Historia Social Europea. Docente de la Universidad de Buenos Aires (Facultad de Filosofía y Letras).

Comenzaré examinando los alcances y límites del modelo, según este se presenta en ciertos cultores de la sociología histórica. Argumentaré que su antecedente radica en el tipo ideal de Weber, procedimiento que se opone a la metodología de Marx. Es aquí donde Marx comparte un trayecto con el historiador profesional, que, en su empirismo, rechaza comenzar por el concepto. Esto no impide admitir lo que todo el mundo sabe: que el procedimiento abstractivo de Marx lo llevaba muy lejos del positivismo.

En la trastienda de este debate asoman, pues, dos padres fundadores de las ciencias sociales. Afortunadamente, la controversia nos transporta a la sabiduría de los clásicos.

Mi punto de vista se resume en que la metodología de construcción de modelos (de Weber) es la antítesis de la que teoriza a partir del objeto real (de Marx). Esta oposición no impide apreciar los contactos que se establecen entre estos sistemas. Enfatizar esas confluencias es un requerimiento que brota de la polémica entablada.

Ante todo, no le faltan razones a Ansaldi cuando aduce que traté en general ese campo heterogéneo de las ciencias sociales que constituye la sociología histórica. Establecer matices no es un devaneo erudito sino un requisito de la inteligencia. Si esta virtud torna al artículo de Ansaldi recomendable para cualquier historiador, su referencia a problemas conceptuales lo hace singularmente apropiado para aquellos que se obstinan en encerrarse en el acontecimiento. Saber que esos problemas existen ayuda a reconocer la impericia; es el primer paso del largo camino por la reflexión sistemática en el estudio social.

Aquí se asocian mis preocupaciones con las de Ansaldi. La precisión no es banal cuando asistimos a una coyuntura signada por el renacer de la *historia historizante*, que, en palabras de Ansaldi, es, «con otro maquillaje», «la tendencia predominante en la historiografía argentina desde comienzos de los años 1980» (Ansaldi, 2002, p. 28). Con la renovación de los *combates por la historia* (razonada), la sociología histórica adquiere una dimensión estratégica.¹

¹ Waldo Ansaldi se ha comprometido con un plausible esclarecimiento de los aportes de la sociología histórica (Vid. Ansaldi, 1994). La sociología histórica erradica la ausencia de reflexiones, abre nuevas cuestiones y enfrenta la ola de macartismo (explícito o larvado) que trajo la marea reaccionaria de los noventa. A un culto lector medio, catequizado en que la excelencia académica pertenece a los intelectuales de *La Nación* (los que descubrieron, después de mucho estudio, el edén perdido de los liberales), le resultará conveniente saber que autores consagrados persisten en usar categorías marxistas, que hay un vigoroso movimiento renovador en *Historical Materialism* y que los ensayos con grandes comparaciones no han perdido su carta de ciudadanía en la comunidad de los científicos sociales.

Pero esta función tan positiva para enfrentar la anodina transcripción de hechos no apaga la atención crítica.² Es una dialéctica que nace de la experimentación. La ambivalencia, que Ansaldi me atribuye con respecto a la sociología histórica, queda justificada en un contradictorio desarrollo cognitivo. Veremos esa experiencia con la prudencia que sobre el particular la lectura de Ansaldi me otorgó: sólo hablaré de casos determinados. La obra de Perry Anderson justifica una concentración especial, acompañada por referencias circunstanciales a otros autores. El fundamento de esta discusión está en investigaciones realizadas.³

La epistemología de Perry Anderson

En el inicio, la recepción optimista. En 1979 se conocen en nuestro país dos libros de Anderson, conceptual y temáticamente conectados: *Transiciones de la Antigüedad al Feudalismo* y *El Estado Absolutista* (Anderson, 1979a y 1979b).

El primero aportaba un esquema ordenador acerca de la formación del feudalismo, postulando una combinación, en proporciones diferentes según las regiones, de los modos de producción germánico y esclavista en disolución. Esa combinatoria, geográficamente desigual, explicaba la herencia Imperial en el área mediterránea, las estructuras comunitarias del norte y la síntesis equilibrada del mundo carolingio en el que se originaría el llamado feudalismo clásico. Las persistentes configuraciones del mundo medieval quedaban dilucidadas, por esta vía genética y estructural, con un esquema que esclarecía tanto la continuidad del mercado en Italia como la vigencia de comunidades campesinas en el feudalismo septentrional. La proverbial discrepancia entre romanistas y germanistas parecía felizmente resuelta.

Este libro era, en realidad, un prólogo de *El Estado Absolutista*. En contraste con Pirenne (1981) o Mousnier (1986), y recogiendo algunos anticipo represen-

² Tal vez, la aprensión que Waldo trasluce por la crítica a esta gran corriente se deba al temor de que se debilite la batalla contra el empirismo. Si es así, los temores no se justifican. El intelecto del empirista encuentra su frontera en la taxonomía, un hábito que anula el entendimiento. La discusión que aquí se emprende le resulta indiscifrable. Por el contrario, para los que están comprometidos con la teoría, toda controversia esclarece. Discutamos tranquilamente sin preocuparnos por efectos perniciosos.

³ Sobre la tesis de Anderson, Astarita, 1997a, 1999a. Sobre el funcionamiento de ese Estado en su base, idem, 1997b. Sobre Brenner y su esquema de transición, Astarita, 1997c. Estos estudios, revisados, se publicaron en Astarita, 2005. Con respecto a Wallerstein, Astarita, 1992, 1997d, 1999b. Sobre Haldon, Astarita, 1994, 2004.

tados por Porshnev (1978), el absolutismo no era definido allí como un Estado burgués, sino como una organización de los señores. Ante la crisis del feudalismo (manifestada en la sobre mortalidad del siglo XIV) y una lucha de clases empinada, la aristocracia descubrió en el burócrata una herramienta para superar las dificultades. La renta se desplazaba entonces del nivel molecular de la aldea al vértice político. Anderson afirmaba así el carácter feudal del Estado Absolutista, estableciendo también una nueva problemática.

Con independencia de la resolución conceptual específica, cuestión sobre la que volveremos enseguida, Anderson cautiva por un análisis que estimula el debate con la mejor historiografía tradicional sobre el tema. Para Pirenne, y otros de la escuela, el período que se iniciaba en la Baja Edad Media, lejos de ser un fárrago de incidentes extraordinarios, «nacionalmente» acotados, era el momento en que afloraban ordenamientos estatales, en antítesis con la proliferación de soberanías que hasta entonces había prevalecido. Se daba allí un proceso orgánico europeo que expresaba el ascenso burgués. Inscribiéndose en esa disposición, que descifra un nexo causal entre sociedad y poder, Anderson replantea la caracterización del Estado durante la transición del feudalismo al capitalismo. Cuando la afición foucaultiana por autoridades diminutas suprime la problemática del Estado, subrayar esta connotación clásica no es un expediente formal.

El asunto crítico, de un contenido innegablemente fértil, aflora si el pensamiento no se encierra en un ejercicio sobre el texto mismo. Es usual que ello ocurra cuando la materia tratada es el objeto de estudio del lector. Entonces, es posible que la tesis novedosa no se fije de modo definitivo, que constituya un estadio provisional del conocimiento que se modifica con el desenvolvimiento de otras prácticas: examen de las fuentes, consulta a especialistas, comparación con la historia de otras latitudes o con la sociología. No es impensable que el esquema, sometido a nuevas determinaciones, deba ser corregido. Con esta dialéctica, el investigador reinicia la crítica de la crítica recibida, aunque ya no como noción acabada, completa, sino como desarrollo conceptual de las cualidades del objeto. Veamos este proceso cognitivo en su funcionamiento.

Las *Transiciones*, en tanto ensayo preliminar, puede omitirse. Sólo advirtamos que allí se resuelven cuadros históricos complejos con modos que anticipan la cuestión a considerar. El proceso que condujo al feudalismo exigía dar cuenta de la caída de la esclavitud en la crisis del siglo III. Dejemos de lado la insuficiencia del concepto (tácito o expuesto) de crisis estructural del esclavismo, para destacar que Anderson encuentra la causa en la (no demostrada) insuficiente repro-

ducción de los esclavos. Cuando la conquista militar romana se detuvo, el modo de producción esclavista, sin cautivos, declinaba.

La sinopsis, en su diáfana sencillez, excluye hechos que la invalidan, como el largo hiato que medió entre Augusto (fin de la expansión en los comienzos de la era cristiana) y la declarada caída del sistema, en la tercera centuria. Dos siglos de esclavismo sin conquistas es una etapa demasiado prolongada que lleva a imaginar que el esclavo, aún en concubinato, debía reproducirse, más allá de la pérdida de libertad por deudas.

Nada de esto significa que Anderson sea un improvisado: sus omisiones no revelan inadvertencia, sino cuestiones epistemológicas. El aserto se confirma en su *Estado Absolutista*.

Si la reorganización burocrática surgía como una respuesta de los señores feudales ante la crisis y la lucha de clases, la concentración estatal debió haberse realizado recién a partir de 1350. Sin embargo, la formación de un Estado incipiente comenzó, tímidamente, en la segunda mitad del siglo XII, y tomó impulso desde 1250. Este desfase secular lleva, por sí, a desechar el modelo propuesto. Situaciones adicionales dificultan aun más su vigencia: los señores no tuvieron ninguna predisposición para otorgar el poder al rey, y en determinados lugares le opusieron tenaz resistencia. Tampoco hubo relación causal en todos lados entre conflicto social, crisis de los señores y Estado. En Castilla, por ejemplo, no hubo en el siglo XIV un elevado nivel de lucha de clases, y los señores, si bien padecieron un retroceso coyuntural de sus ingresos, tenían, en promedio, sustanciosos rendimientos de sus conquistas militares. Sabemos que en Castilla se daría, desde fines del siglo XV, una de las más consistentes monarquías europeas.

La historia sociopolítica sólo interesa ahora para una jerarquía gnoseológica. Cuando dejamos que los hechos tomen la delantera, se impone la subordinación del pensamiento a la realidad, aunque no en la forma amorfa del empirista. Ese plano fáctico, sólo puede ser interpretado racionalmente y, por, consiguiente constituirse en el necesario determinante ante el cual naufraga el esquema, si es considerado con un sistema de categorías pertinentes y sometido a preguntas que guíen la encuesta. Desde este punto de vista, los hechos no informan a un lector pasivo. Por el contrario, podrán ser operados por el historiador provisto de teoría, historiador que al mismo tiempo se subordina a esa realidad en proceso que define la dirección del razonamiento. Este papel dominante del investigador, que está determinado a su vez por el plano fáctico, establece la primera paradoja en que se presenta este desarrollo cognitivo. Aquí aparece, pues, una fase de

elaboración de teoría, y un aporte como el de Anderson se torna evidente. Su trabajo no sólo situó el problema del Estado Absolutista en relación con otros atributos sociales, como la lucha de clases, la renta o las formas precapitalistas del capital, sino que también aportó un arsenal de conceptos, retomados del marxismo y adecuados para el fenómeno que se quiere captar, como el de renta feudal centralizada o el de Estado feudal. Anderson ayuda a interrogar el material empírico. Pero lo más significativo (y lo que constituye una segunda paradoja) es que este aporte tan positivo se inscribe, en la situación que consideramos, surgida de la confrontación con la realidad histórica, en una elaboración que se encamina a cuestionarlo. De acuerdo con las objeciones enumeradas, la génesis del Estado no podría comprenderse como resultado de un accionar predefinido de los señores, independientemente de que ello haya sido elevado a conciencia (aclaración esta última que no carece de importancia teniendo en cuenta el contacto teórico weberiano con el que Anderson trabaja, según veremos). El problema se resuelve entonces en el plano de modificaciones de la estructura de clases que pasaba a sostener el vértice político en formación. La recurrente dispersión de la soberanía, que se originaba en los feudos, pudo ser superada cuando nuevas clases sociales, cuya reproducción no dependía del poder patrimonial, como la burguesía comercial, se constituyeron en la base social de la monarquía. Desde esta perspectiva, se resuelve también otra esfera problemática que la tesis de Anderson deja en un cono de sombra. Consiste en lo siguiente: si el modo de producción feudal se define por la coacción política sobre el productor, como Anderson afirma en su libro de las *Transiciones*, saber cómo el Estado feudal concretaba ese dominio sobre la persona no es un pasatiempo sino un aspecto medular. Ante la ausencia de un verdadero aparato burocrático, la cuestión se responde con la observación del ámbito local, donde la renta se recogía. Se constata allí que el patriciado urbano, provisto de atributos de gobierno funcionalmente apropiados para los requerimientos del monarca, era el cimiento de ese primer edificio institucional. Ese cimiento se observa con el examen de la evolución histórica.

Con este rodeo, que aquí se expone de manera elemental, concluimos en nuevas proposiciones contradictorias. La tesis de Anderson es parcialmente confirmada en tanto presenciamos un Estado feudal, no sólo por la renta, sino por una organización que permitía la subsistencia de soberanías privadas con facultades de jurisdicción. En este punto, nos alejamos de la tesis clásica, inaugurada por Hegel, que veía a la sociedad política como un resultado de la producción de

mercancías.⁴ En otro punto, nos vemos obligados a valorar esa tesis clásica (y su continuación en análisis como los de Hintze, 1968), en tanto el fundamento del Estado está en el apoyo de clases no feudales (derivadas del capital comercial o de sistemas de producción mercantil simple) que aseguraban la extracción del excedente y con esta función obtenían condiciones para su reproducción económica y social (exención de impuestos, señorío colectivo del territorio, monopolios). Estas conclusiones se inscriben, por otro lado, en un decurso forzoso de las investigaciones y esclarecen la ambivalencia del juicio con respecto a Anderson (como dice Ansaldi, «una de cal y otra de arena»). Pero la actitud particular ante esta tesis expresa un rasgo general.

Estas circunstancias reflejan, de modo fragmentario, la irregular recepción del modelo de Anderson. Por una parte, hay acuerdo entre los historiadores acerca del feudalismo del Estado Absolutista. Sobre esto, el libro inspiró reflexiones penetrantes y ha sido una referencia para estudios sobre la transición al capitalismo (Monsalvo Antón, 1986; Brenner, 1986a; 1986b). Pero, por otra parte, fue sugestivamente ignorado por muchos historiadores. Aunque los prejuicios ideológicos o las disposiciones empiristas pudieron haber actuado en este rechazo, un silencio tan extendido indica otra entidad de cuestiones.⁵ El secreto de este desencuentro entre uno de los mejores portavoces de la sociología histórica y los historiadores radica, según el criterio que pasaré a justificar, en la construcción misma del modelo.

Intentemos descubrir cómo Anderson ha llegado a esta proposición. Como dijimos, para la tesis clásica, el Estado era un resultado de la producción de mercancías y, por lo tanto, la burguesía en ascenso apoyaba, desde el siglo XII, las instituciones políticas que favorecieran su actividad, es decir, la monarquía u

⁴ Sobre esta cuestión y sus similitudes o diferencias con Marx, Weber y análisis posteriores, vid. Bartra, 1978; Bobbio, 1985; Cohen y Arato, 2000.

⁵ El caso más llamativo en el que se ignoró totalmente el estudio de Anderson es el del vasto programa del Centro Nacional de la Investigación Científica de Francia (CNRS), *Genèse de l'Etat Moderne*, desarrollado bajo la dirección de J-Ph. Genet desde 1985. Al respecto, Monsalvo Antón (1998) objeta la falta de vocación teórica y el minimalismo de esos autores que no consideran a Anderson o a Brenner. Pero el problema no se reduce a esas causas, que de todas maneras deben tenerse en cuenta. De hecho, Bulst (1988), en un resumen de la historia del problema desde Guizot a la actualidad, pasando por Weber, ni siquiera menciona a Anderson. Esto se repite en otras áreas temáticas. Por ejemplo, Eduardo Manzano, especialista de la sociedad árabe medieval, acostumbrado, además, a frecuentar la teoría (ha sido editor de una importante discusión sobre el concepto del modo de producción tributario de Haldon), confesó, en un seminario dictado en Buenos Aires, que las elaboraciones de Michael Mann (1986) sobre el mundo islámico, realizadas desde modelos apriorísticos, le resultaban inaprensibles. Entre los medievalistas, la imponente obra de Mann no tuvo ninguna influencia.

otras variantes de gobierno territorial. Esta proposición coincidía con el papel revolucionario que, desde fines del siglo XIX y durante la primera mitad de la centuria siguiente, se atribuía a los mercaderes de las ciudades medievales. En sentido inverso, desde 1950, aproximadamente, y gracias a historiadores marxistas, la burguesía medieval fue reconsiderada como una clase comprometida con el feudalismo que, conectando esferas de producción y de consumo y percibiendo en consecuencia parte de la renta señorial, coparticipaba de los mecanismos del sistema dominante sin transformarlo (Dobb, 1975). Este conocimiento (que, para hablar con exactitud, fue un reconocimiento de las elaboraciones de Marx sobre el mercader precapitalista contenidas en su tercer tomo de *El Capital*) se dio paralelamente a la nueva consideración del Estado Absolutista como feudal. En el siglo XII no se asistía, en consecuencia, a un ensayo preparatorio de 1789.

Clausurada la explicación tradicional, Anderson busca las causas de la sociedad política en dos manifestaciones de la crisis del feudalismo: la declinación de la renta y la lucha de clases. Los señores, sometidos a una situación límite, habrían decidido entonces reorganizarse en el Estado. Este último se explica, en definitiva, por una acción voluntaria de la clase dominante, es decir, orientada a un fin subjetivamente fijado. Era este el preámbulo para explicar la larga duración de un Antiguo Régimen que consagraba todos los derechos consuetudinarios que la aristocracia había logrado en los siglos medievales.

Anderson arma, entonces, su modelo mediante una concordancia de factores. Cuando aborda el momento teórico, desestima captar procesos intrincados y contradictorios. Por ejemplo, en Castilla, la monarquía impulsa su proyecto desde 1250, al que se opone la nobleza, logrando un freno transitorio, estableciéndose desde 1325 un nuevo fortalecimiento relativo de la monarquía. Avatares de ese tipo son tratados en la descripción fáctica con independencia del modelo.

Pero si el proceso histórico, tal como efectivamente se dio, no tiene lugar en el momento de la construcción modélica, sí pareciera que lo tiene, en cambio, la sociología moderna, aportando dos factores claves del cambio político: lucha de clases y crisis de acumulación. Esta separación entre teoría e historia es deliberada. La sustancia del proceso, en la forma de un condensado general válido para toda Europa, junto con la caracterización social del Estado, se expone en el primer capítulo. En lo que resta del libro, se despliega un relato empírico que, como es esperable en un autor tan culto como Anderson, se aleja de la insulsa narración de hechos.

El aspecto cuestionable está en la construcción del modelo. En ese preciso punto, el movimiento conceptual deja de captar el movimiento de la sociedad,

aunque el modelo se constituya con un montaje de elementos históricos reales. Aproximemos nuestra observación.

La correlación de cualidades indicadas (renta centralizada, caída de ingresos y lucha de clases) se basa en una circunstancia documentalmente comprobable. Debe agregarse que, una vez constituido el centro político (se trató en realidad de un largo desenvolvimiento sumamente caprichoso en sus avatares concretos), ese centro fue funcionalmente apropiado para los requerimientos de la aristocracia feudal, que, a su vez, trató de condicionarlo por todos los medios posibles. Pero el problema estriba en que esas correlaciones, establecidas con abstracción de la cronología, del devenir histórico, no dan cuenta del proceso formativo del Estado. No descifran las causas que condujeron a su constitución, y este déficit explicativo compromete asimismo el entendimiento de los mecanismos de reproducción de la clase dominante y del incipiente cuerpo burocrático. Expresado de otra manera: en las décadas posteriores a 1350, período culminante de la crisis y del conflicto social, se constata la mutua influencia de los factores que Anderson destaca, pero esa conexión no explica la marcha hacia la sociedad política, que se inició más de un siglo antes, cuando no había declinación demográfica ni un nivel elevado de la lucha de clases.

El tipo ideal revivido

En suma, Anderson ofrece un modelo compuesto por una integración de elementos históricos que no dan cuenta de la historia real. Se acerca al plano real sin expresarlo, y es por eso que a muchos historiadores, atados al seguimiento de los datos, les resulta imposible asimilar esta tesis en su sistema de conocimientos. En este punto, esta construcción se aleja de los historiadores de oficio (y también de la epistemología de Marx), en la misma medida en que se acerca al tipo ideal de Weber.

Esta noción de tipo ideal se comprende si recordamos el regreso que intelectuales alemanes emprendieron, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, desde Hegel a Kant.⁶ Kant tuvo un peso concluyente en la formación teórica de

⁶ La base de estas consideraciones están en primer lugar en la obra fundamental de Weber, *Economía y Sociedad* (1964), en especial en su primera parte, donde explicita el procedimiento que lo lleva a elaborar sus tipos ideales. Se corrobora en la totalidad del trabajo. De la mucha bibliografía sobre este tema, destaco los aportes que desde el marxismo han dado, Lewis, 1981; Lukács, 1968; Marcuse, 1971. Sigo estas elaboraciones en lo que respecta a la epistemología kantiana.

Weber.⁷ El criterio filosófico liminar que hereda es que sólo podemos explicar en términos de leyes si aplicamos a los datos una forma conceptual preconcebida, por la imposibilidad de captar la realidad en sí misma; esta sólo podrá captarse como es para nosotros. En el idealismo trascendental kantiano, el entendimiento es una facultad de conocer no sensible, y las cosas no pueden ser percibidas como son en sí. El entendimiento es una facultad discursiva que conoce por conceptos. Es esta una idea ya presente en Descartes, Hobbes, Spinoza, y otros, sobre que el objeto del conocimiento puede ser conocido por nosotros en la medida en que ha sido producido por nosotros.

Con estas bases, Weber emprende la construcción de sus síntesis conceptuales específicamente destinadas a objetos delimitados.⁸ Como se desprende de su propio enunciado, cada modelo está constituido por un alto grado de subjetividad, que el mismo Weber aceptó francamente. Es explicable: si el problema consiste en observar el fenómeno y seleccionar factores que se ponen en relación, la estimación de lo que se toma en cuenta y de lo que se deja fuera es, forzosamente, una elección. Con esto se suprimen los asuntos contradictorios, las impurezas que perturban una lógica unívoca, y el resultado es entonces percibido como pasible de aprehensión racional.

La subjetividad cognitiva se reproduce en el objeto construido, destinado a dilucidar el sentido de la acción social. Esto constituyó el desvelo de Weber, paradigmáticamente manifestado en su estudio sobre el empresario que, guiado por un deber ético, se consagra al ejercicio metódico de una profesión lucrativa (Weber, 1977). La preocupación se reencuentra en una diversidad de autores. Puede ser la acción de la nobleza organizando *su* Estado (Anderson), la del individuo evaluando beneficios comerciales que determinarán *su* modo de producción (Wallerstein), el campesino superando la falta de medios de subsistencia con la organización de *su* capitalismo agrario (Brenner). Todos evocan al hombre económico de Weber, puntual, diligente, moderado, que, en la búsqueda de ganancia legítima con la profesión, originaba *su* capitalismo moderno.

⁷ Para el ambiente intelectual de Weber, vid. Honigsheim, 1977. Sobre su precoz conocimiento de Kant, el testimonio de Marianne Weber (1995, pp. 145 y 287).

⁸ Giddens (1971) dice que el método de Weber «presumes abstraction from the unending complexity of empirical reality. Weber accepts the neo-Kantianism of Rickert and Windelband in holding that there cannot conceivably be any complete scientific description of reality. Reality consists of an infinitely divisible profusion. Even if we should focus upon one particular element of reality, we find it partakes of this infinity. Any form of scientific analysis, any corpus of scientific knowledge whatsoever, whether in the natural or the social sciences, involves selection from the infinitude of reality» (p. 138).

El énfasis en el pronombre posesivo manifiesta el carácter de la objetivación. Es un desprendimiento natural de la sociología interpretativa de Weber, y de la escuela neokantiana de Heidelberg (Dilthey, Simmel, Rickert), que, rechazando las generalizaciones objetivistas del positivismo, encuentra en la comprensión (*Verstehen*) de los comportamientos humanos el origen y la explicación causal de los fenómenos sociales.⁹ Aunque Weber fue una autoridad influyente, la densidad de sus escritos, incrementada con el tiempo hasta opacar su contenido, permite pensar que en la transmisión del criterio participaron otros autores como Durkheim, Radcliffe-Brown, Pareto, Parsons, Malinowski, sin descartar a figuras políticas de la socialdemocracia como Bernstein. Con estas diferentes versiones neokantianas se explicaría la influencia, tan extendida, del sistema hasta la actualidad.

Para los seguidores del paradigma, la objetivación es el resultado inmediato de una acción típica ideal. En Anderson, por ejemplo, la esencia está afectada por una doble subjetividad, en tanto modelo construido y en tanto ese modelo expresa inmediatamente la intencionalidad del agente. Como se ha dicho desde el estructuralismo, el Estado se presenta, en ese tipo de esquemas, como pura objetivación de la conciencia de clase, como un derivado de la estrategia de la clase dominante.¹⁰ Las consecuencias de esta postura en la comprensión del Estado moderno no son inocuas. Reducido el problema a los términos de estrategia de la clase dominante, se puede dar cuenta (de manera parcial) de la oscilación coyuntural entre democracia y supresión del constitucionalismo. Es decir, se accede a los momentos no esenciales del Estado. Se constata ello cuando contraponemos a esa fenomenología política la sustancia, la estructura profunda del Estado moderno, su verdadera singularidad, y que consiste en que los propietarios de los medios de producción no son los poseedores de los medios de gestión y coacción.¹¹ Esta escisión entre lo que Hegel denominó sociedad política y so-

⁹ Esto llevó a subestimar o, en el peor de los casos, ignorar la objetivación. Era esperable que alguno de los filósofos sociales de la escuela de Frankfurt señalara esta insuficiencia de Weber. Adorno (1996, p. 140 y s.) dice que gran parte del análisis social se refiere a formas cosificadas, problema que Weber no vio; «...el estudio de las instituciones no consiste en un estudio de acciones, aun cuando, obviamente, está conectado con la acción social y con la teoría de la acción social» (p. 141).

¹⁰ Poulantzas (1985, p. 37 y s.; 1979) dice que, para cierto marxismo, «el Estado se reduciría a la dominación política, en el sentido de que la clase dominante confeccionaría su propio Estado, a su medida y conveniencia, manipulándolo a su voluntad según sus intereses» (p. 6).

¹¹ Es necesario evitar cualquier malentendido. Lo que aquí se afirma no implica negar que la democracia sea, para el proletariado y el pueblo, una cuestión de vital importancia política, que atañe, además, a sus condiciones de vida. Para la burguesía, en cambio (y con excepción de sus enfrentamientos intersectoriales), la alternativa entre democracia o dictadura es una mera cuestión de oportunidades cambiantes que no afectan su dirección profunda y distanciada del Estado. Esto se comprende si tenemos en cuenta esa morfología social.

ciudad civil presupone un campo problemático extensamente histórico y estructural que no remite a una deliberada construcción de la voluntad: burocracia, clase dominante, autonomía relativa del Estado, ideología, marco legal y político del sistema económico, luchas fraccionales, lucha de clases, etc.

Wallerstein comparte el mismo principio epistemológico. Su economía-mundo es la sumatoria de la racionalidad de cada *homo economicus* que evalúa, a partir de costos y beneficios, las opciones más convenientes. Para Brenner, nada llevaba a romper la lógica cerrada de reproducción del feudalismo; se necesitó la elección racional de determinados agentes no feudales, compelidos a resolver su existencia económica, para organizar un sistema competitivo y especializado de reinversión y crecimiento. Esto fue un logro exclusivo de los *yeomen* ingleses que anularon la antigua lógica «chayanoviana» de subsistencia (con ello arrastraron a la *gentry*, que pasaba a obtener parte de la plusvalía como renta del suelo, a su transformación en empresarios capitalistas). En el polo opuesto, los campesinos franceses, casi propietarios y no sometidos a las mismas presiones, permanecieron en una cómoda y pobre inmovilidad. En su identidad con la teoría general que describimos, Brenner introduce un matiz diferente en relación con Weber en lo que se refiere a la formación del capitalismo agrario, aunque no en lo que hace a la formación del Estado, que brota directamente de la acción intencionada.¹² En el nivel económico, los individuos que deben enfrentar dificultades, y que por ello racionalizan su actividad, ponen en marcha de manera involuntaria una lógica capitalista de crecimiento auto sostenido. El capitalismo, en consecuencia, se origina por la acción racional como situación dada, no como situación racionalmente buscada, «como una *consecuencia no intentada* de la acción de actores individuales precapitalistas» (Brenner, 1989, p. 36). Es por ello que el origen del capitalismo tiene, para Brenner, una dimensión contingente que explica la singularidad inglesa de su esquema. En ese rasgo accidental se inhibe captar el doble movimiento de reproducción y transformación de la estructura.

El modelo del sentido de la acción social nunca se confunde con la realidad; más bien mide el grado de desviación que tiene la realidad con respecto al

¹² Sobre la formación del Estado, los artículos citados que dieron origen al renombrado «Debate Brenner», comparten el punto de vista de Anderson sobre la acción como «generador» institucional. Los señores feudales franceses debían superar su debilidad política a consecuencia del señorío banal, y recurrieron a organizarse en torno al Estado. Los señores ingleses no tuvieron la misma desventaja en la correlación de fuerzas de clase debido a la centralización que lograron con la conquista normanda. Para estos puntos de vista, Brenner, 1996.

modelo. Y la desviación puede ser absoluta.¹³ Por ejemplo, la economía-mundo de Wallerstein se fundamenta en el desarrollo de los países que exportan manufacturas y el subdesarrollo de los exportadores de materias primas. De acuerdo al esquema, que establece la taxonomía económica universal, las naciones escandinavas, Canadá o Australia, productores «desarrollados» de bienes primarios, sólo pueden ser entendidos como anomalías. La estructura política de Italia en la época moderna, carente de centralización, estaría también comprendida en una irregularidad de la forma política. Estas perturbaciones, necesariamente, deben tener explicaciones *ad hoc*. Anderson recurre, otra vez, a la práctica social: la organización monárquica del sur peninsular italiano fracasó en su intento por subordinar a las ciudades-Estado centro-septentrionales, que resguardaron así sus privilegios comerciales y fiscales.

Estas elaboraciones posiblemente sorprendan al lector que ha retenido una clasificación convencional del conocido debate entre Thompson (que defiende la perspectiva de la subjetividad) y Anderson (supuestamente estructuralista).¹⁴ Al respecto, notemos que si bien Anderson rehuye tratar experiencias culturales, como sí lo hizo Thompson, sólo ocasionalmente incurrió en un estructuralismo rígido. Fue patente en la indicada concepción sobre el feudalismo y sus tipologías regionales. Pero, para explicar el surgimiento del Estado Absolutista, privilegia la acción social (y esto no excluye el determinismo): las coacciones socioeconómicas y sociopolíticas a las que era sometida la nobleza motivaron, según su criterio, la elección racional por el Estado. Para que esta maniobra se manifieste en su integridad, sin interferencias, prescinde de un desenvolvimiento que se había efectivizado desde mediados del siglo XII y se intensificó durante el XIII.

Ese análisis no estructural de Anderson se manifiesta si recordamos lo que su libro suprime o menosprecia: el crecimiento de ciudades o villas agrarias, con territorios circundantes, que proporcionaron una fiscalidad y una base de

¹³ Marianne Weber dice: «Weber rastrea por todo el globo terráqueo las regularidades de la acción social y las encierra en conceptos mediante los cuales se piensan los transcurso de la acción como si tuvieran lugar sin ser perturbados por influencias irracionales, es decir, imprevisibles, lo cual nunca sucede en la realidad» (Weber, 1995, p. 909). Schumpeter (1971, p. 119, N° 9) indica que los tipos ideales, si bien tienen su utilidad para facilitar comparaciones, implican una deformación de los hechos. Criticó el abuso de su empleo, al que Weber contribuyó con su autoridad, y el olvido frecuente de que es un recurso metodológico.

¹⁴ Las diferencias entre estos autores se reconoce en toda su obra. Los argumentos teóricos se condensan en Thompson, 1981, y Anderson, 1985.

apoyo a la monarquía.¹⁵ Si tenemos en cuenta esa evolución, no es difícil comprender que la nobleza, enfrentada a condiciones que podían poner en riesgo su predominio, reaccionó, por lo menos en lugares donde pudo hacerlo, oponiéndose a la Corona. Sólo cuando los hechos se tornaron irreversiblemente contrarios a sus intereses inmediatos, la nobleza, sometida a lo inevitable, procuró escoger a sus representantes para que se encargaran del nuevo régimen estatal. No siempre lo logró, y ese fracaso relativo anunciaba la primera existencia de un nuevo segmento social, el de los doctores del salario. De la misma manera, podrían agregarse otros resultados institucionales devenidos de una evolución objetiva. Es el caso del parlamento estamental, surgido de una modificación de las antiguas obligaciones de vasallaje cuando los procuradores urbanos se incorporaron a la curia real.

Este reparo, fundado en una observación precisa y encaminado a recalcar desarrollos objetivos, no implica negar, como se desprende del mismo enunciado, la eficacia de la conciencia o de la actividad social en la creación de nuevas condiciones.¹⁶ Significa, sí, tener en cuenta que la evolución estructural no es ni un resultado inmediato de la acción (racional o reactiva, en términos de Weber; buscada o no intencionada, en términos de Brenner) ni constituye tampoco un mero contexto de la acción. Es, por el contrario, condicionante de prácticas que, en su resultado, dan nuevos estadios de objetividad, que no se desprenden exactamente de los proyectos, a su vez alterados por condiciones heredadas, y ante esos nuevos estadios de objetividad los individuos se imponen renovadas estrategias para operar. Esta dialéctica presupone que la acción, sometida a innumerables mediaciones, sólo es estructurante de manera contradictoria; el resultado nunca refleja plenamente un sentido prefijado.¹⁷ La acción social misma no tole-

¹⁵ Para el no interiorizado en la materia, conviene advertir que, si bien la presencia de burguesía comercial explica la concentración política, en un determinado nivel puede explicar su fracaso. Fue la situación de Italia. El muy alto desarrollo de las ciudades italianas, con manufacturas artesanales de lujo y comercio, que debían preservar sus monopolios y su dominio sobre el contado, creó una barrera insuperable para la centralización. A ello debe agregarse una historia política que se remonta al sacro imperio romano germánico y al imaginario del imperio romano, además de los Estados papales. En suma, Italia es una fascinante complejidad histórica que el esquema sólo ayuda a delinear.

¹⁶ Esta dimensión está presente en alguno de los autores aquí tratados críticamente por su juicio sobre la objetivación. Por ejemplo, el importante estudio de Brenner (1993) sobre estrategias enfrentadas entre los comerciantes tradicionales, por una parte, y los ligados a las explotaciones coloniales, por la otra, durante la revolución inglesa del siglo XVII, tratando los últimos de influir sobre la política externa de la Corona. La caracterización de esta revolución que, según Brenner, fue un conflicto entre burgueses, es una consecuencia de sus artículos anteriores, citados, en los que postulaba el triunfo del capitalismo agrario desde principios de la modernidad.

¹⁷ En algún lugar, Eric Hobsbawm dice, con su peculiar sabiduría, y significativamente en referencia al acontecimiento más claramente producido por el accionar social programático, que toda revolución es

ra más que una definición plural, y la racionalidad del todo sólo puede intuirse como efecto casual de la interconexión de racionalidades sectoriales actuando sobre condiciones imperantes. La magnitud del problema manifiesta la limitación más evidente que la ortodoxia liberal nunca superó: el salto de la lógica individual a la lógica de la totalidad.

En suma, ese demiurgo sociológico, que es la conducta en distintos rangos de individualidad, desconoce una objetivación en devenir autónoma, es decir, que obtuvo un movimiento propio e independiente de la voluntad. Su aprehensión racional excluye tanto el esquema como la mezcla caótica de datos.

La contraposición metodológica

De lo expuesto se desprende que, en la tradición kantiana, el modelo rige la representación al mismo tiempo que determina toda su arquitectura. Constituye el sujeto (que en general se retiene en la lectura) del cual la diversidad es sólo su predicado, y en esto se sitúa la verdadera diferencia de Anderson con respecto a Thompson, que enhebra su representación como una cadena de situaciones reales culturalmente reveladoras.¹⁸ Thompson comparte el punto de partida de Marx.

Para Marx, el objeto no se deduce del pensamiento; por el contrario, es el pensamiento el que se deduce del objeto. Su rechazo a toda abstracción separada de la historia real, otorgándole al esquema el modesto papel de ordenamiento provisorio de los datos, su aversión a la filosofía de la historia y a las recetas generales, su convencimiento de que la observación debía mostrar, sin especulación, el nexo existente entre organización social y producción y, finalmente, su

un éxito porque no deja las cosas como estaban, pero también es un fracaso porque nunca se logran los objetivos de los revolucionarios. Esta maravillosa advertencia política contra el voluntarismo recuerda también que los revolucionarios cambian el mundo, algo que los posibilistas olvidan sin remordimiento. La dialéctica entre situaciones pensadas y situaciones de hecho, que en algún momento expuso formalmente Federico Engels, rigió el criterio metódico de José Luis Romero (1967; 1980).

¹⁸ Thompson (1994) aborda el problema. Niega que se pueda prescindir del modelo y que más bien todo se concentra en cómo se lo puede utilizar correctamente. Sin embargo, su objeción es verdaderamente dirigida al modelo. Dice textualmente: «Nada es más fácil que adoptar un modelo *para* el desarrollo creciente de la realidad y seleccionar de él sólo aquellos hechos que estén de acuerdo con los principios de la selección. Esto es lo que ha hecho Anderson con la Revolución Inglesa» (p. 51). Debemos acordar con Thompson. El criterio de Anderson sobre revolución impura parte del ideal construido de revolución perfecta, que en este caso tuvo existencia real en Francia: ve la revolución inglesa a contraluz de la revolución modelo enunciando sus rasgos en negativo, por los elementos que le faltan de acuerdo al modelo. Es de advertir que reapareció aquí la polémica medieval sobre los universales entre realistas y conceptualistas.

concepto del concreto pensado como síntesis de múltiples determinaciones son cuestiones conocidas.¹⁹ El conocimiento era, para Marx, aprehender el desarrollo contradictorio del ser y, por lo tanto, en antítesis con la dialéctica trascendental de Kant, la dialéctica del pensamiento era captar la dialéctica del ser. Ningún sistema conceptual apriorístico debería interponerse entre el investigador y el objeto, que debe ser captado, como diría Lukács, en su misma facticidad. Marx, confesando polémicamente su método, es taxativo: «Ante todo, yo no parto de ‘conceptos’, ni por lo tanto del ‘concepto de valor’ [...] De donde yo parto es de la forma social más simple en que se presenta el producto del trabajo en la sociedad actual, y esta forma es la ‘mercancía’» (Marx, 1981, p. 176). Sigue así el camino indicado por Hegel para sortear el abismo que entre sujeto y objeto dejaba abierto la filosofía de Kant (Marcuse, 1971). Pero, también, Marx descubre que las formas sociales no se originan en la evolución general del espíritu, como creía Hegel, sino en las condiciones materiales de existencia humana. La proposición se complementa, entonces, con la inversión materialista del objeto y el confesado distanciamiento de Hegel. En el prólogo a la segunda edición de *El Capital*, afirma que su método dialéctico no sólo difiere en su base del método hegeliano, sino que es su contrario directo (*ibr direktes Gegenteil*). Para Hegel, el proceso del pensamiento es el demiurgo de la realidad, siendo la realidad una mera forma fenoménica de la idea. En cambio, para Marx, la idea es el movimiento material transpuesto en el cerebro humano (*Bei mir ist umgekehrt das Ideelle nichts andres als das im Menschenkopf umgesetzte und überstezte Materielle*) (Marx, 1976, p. 27).

En este preciso momento, Marx se encuentra con la tradición erudita de los historiadores que el positivismo recoge. La fórmula de Leopold von Ranke, de «comprender cómo han sucedido verdaderamente las cosas» (*Wie es eigentlich gewesen*), ha sido muy mal usada, pero está lejos de ser una aspiración equivocada, aun cuando jamás se concrete. No dejaremos de agradecer el aporte que los humanistas hicieron al conocimiento de la realidad histórica, ya sea el de un Lorenzo de Valla estableciendo la falsedad de la donación de Constantino al papado, o el de un Eneas Silvio Piccolomini refutando el origen troyano de Francia. Sistematiza ese aporte, hacia 1566, Jean Bodin en su *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*. Con la crítica textual, desarrollada por los estudios de ortografía, gramática, retórica latina, mitología, inscripciones, etc., los hu-

¹⁹ Marx (1972-1976): «Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso [el proceso de conocimiento conduce] a la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento» (p. 21).

manistas inauguraban la prehistoria de la historia científica. En su ausencia, la misma imagen de una época determinada, cualquiera fuera su naturaleza, (por ejemplo, la bucólica Edad Media del romanticismo o la Edad Media oscura del Iluminismo) seguiría reinando imperturbable. El largo itinerario de la erudición para establecer los hechos debe ser rehabilitado sin turbaciones. La paleografía, la diplomática, la filología, la epigrafía, la heráldica, la arqueología, la numismática, la estadística, en fin, las denominadas «ciencias auxiliares de la historia», son herramientas imprescindibles.²⁰ Constituyen las «ciencias de las fuentes» y requieren no sólo de técnicas diferentes para los diferentes períodos de aplicación sino incluso de lógicas diferentes, porque «existe una lógica del manuscrito, del impreso, de la imagen, etc., que estructuran el enfoque del historiador» (Le Goff, 2004, p. 28). Esto rememora algunas de las dificultades que presupone la observación misma, sin hablar de establecer correlaciones racionales entre distintos fenómenos.

En todo esto, consideramos la mejor de las opciones para acceder a los hechos, que es el contacto directo con las fuentes. Otra forma de llegar a los datos es el uso de estudios secundarios. Si bien esta segunda forma transforma al historiador en un dependiente de la perspicacia de otro, la prioridad del nivel fáctico no tiene por qué perderse. Maurice Dobb (1975), economista, se aprovechó de este recurso para sus conocidos estudios sobre el desarrollo del capitalismo. La superioridad que, no obstante, en la interpretación puede adquirirse gracias a un control directo de las fuentes, se muestra en su plenitud cuando el conocimiento así obtenido condiciona toda una elaboración. Por ejemplo, los archivos de ciertas aldeas europeas, entre 1300 y 1600 aproximadamente, examinados con atención, exhiben los momentos iniciales de una producción de valores de cambio. La imagen del nacimiento del capitalismo, anclada en los vagabundos, tal como Marx veía el proceso a través de la documentación

²⁰ No se justifica que hoy muchos historiadores miren de manera distante y despreciativa este conjunto de técnicas sin detenerse en las cuestiones que conllevan. Leemos en la contratapa de *Le Moyen Age*, una consigna que concita adhesión. Esta venerable revista, fundada en 1888, dice que «s'attache essentiellement à promouvoir, dans tous les domaines, les travaux d'érudition. Qu'on le veuille ou non, ce sont eux seuls qui fournissent les éléments de toute construction intellectuelle solide. Ces travaux d'érudition s'inscrivent ici dans la ligne critique dont les initiateurs furent les Bollandistes, les Bénédictins et les <positivistes>. Sans eux, l'Histoire en serait encore à l'âge de la pierre». Esta referencia a los bolandistas nos recuerda que las prácticas científicas pueden nacer de objetivos metafísicos. Esos escritores jesuitas consagraron su sabiduría al examen de manuscritos con el único propósito de establecer la verdadera vida de los santos.

general inglesa, debe ser permutada entonces por otra que conduce a la polarización social de las comunidades campesinas y excluye al marginado absoluto.²¹

Esta última referencia nos recuerda que *El Capital*, una obra proverbialmente considerada como excesivamente abstracta, se apoya en plurales informaciones históricas y sociológicas. Este hecho transforma la visión media sobre una supuesta naturaleza invariablemente especulativa de la práctica teórica. Para Marx, la elaboración de teoría tuvo como un supuesto imprescindibles estudios empíricos, tal como se nos revela cuando nos asomamos a su laboratorio de trabajo. Honró su convicción acerca de que no existía otra ciencia más que la historia con anotaciones de datos cronológicamente ordenados con severo detallismo (esto recuerda, de paso, que el fundamento para establecer el tiempo no continuo de la historia está en determinar su tiempo continuo) (*vid.* Rubel, 1970).

En estos aspectos se dirimen paralelismos y oposiciones metodológicas. Los hechos, lejos de ser el camposanto donde el positivista entierra su inteligencia, eran, para Marx, el abono natural de su desenvolvimiento.

Avanzar más allá del positivismo es un asunto delicado. Debería ponerse todo el esmero en comprender la necesidad de «superar» sus limitaciones en el alcance que Hegel daba a la palabra *aufhebet*, es decir, mediante la negación relativa o la preservación relativa de las cualidades que se superan. Incluso, la negación categórica del positivismo puede constituir un formalismo que lleve a la inopinada reposición de sus premisas. La virulenta reacción de la escuela de Heidelberg contra el objetivismo, plasmada en metas programáticas, sin mediaciones, como denegación absoluta, no se sobrepuso al empirismo sociológico. En este sentido, es un matiz muy distinto lo que separa a Marx del positivismo, cuando resguarda su base positiva mediante un análisis circunscrito destinado a resolver el enigma del funcionamiento social. El procedimiento abstractivo es la herramienta de ese examen, estableciéndose en este punto una separación profunda con respecto a los sistemas que consideramos. Para el positivismo, la teoría es la oportunidad de la especulación incontrolada y liberada de todo control fáctico. De manera inevitable, la crítica más rigurosa se diluye en conjeturas sin crítica; se evidencia esta falencia en nociones como el ser nacional.²² La abstrac-

²¹ El descubrimiento de nuevos datos pueden provocar vuelcos espectaculares de las interpretaciones. Los historiadores de la época contemporánea coinciden en que la apertura de los archivos de la ex URSS ha tomado obsoleta gran parte de la literatura escrita sobre la misteriosa burocracia del primer país socialista.

²² Esto muestra que los actuales representantes del positivismo carecen de la imaginación que tuvieron sus maestros. En la actualidad, la mayor parte de los representantes del positivismo no conocen ni el método crítico documental ni los asiste la inteligencia creativa. Son verdaderamente insoportables. Como no llegan a la calificación de positivistas, los denominamos neopositivistas.

ción paulatina aspira a resolver el paso que el positivismo nunca logró dar para llegar a la esencia. Pero, también, Marx plantea una diferencia pronunciada con respecto al esencialismo kantiano y a la teoría por generalización de casos de Weber.²³ En la medida en que el estudio se concentre sobre el funcionamiento de una sociedad sin interposiciones preconcebidas, es decir, desestimando una generalización construida por la reunión de elementos comunes, la singularidad del objeto, la «anomalía» que el tipo ideal descarta pasa a ocupar el centro del escenario.

Las consecuencias de ese desarrollo problemático son incalculables de manera apriorística, y establecen las condiciones de posibilidad para reformular cualquier esquema. Esto se contempla con claridad meridiana en el ejemplo citado sobre las irregularidades de la economía-mundo: si se despliegan las implicancias teóricas que nos brindan los países desarrollados productores de materias primas, surgen de manera encadenada conceptos que, esclareciendo la producción capitalista (disciplina de los precios, ley del valor mercantil a escala mundial, tendencia a la igualación de la tasa de ganancia entre diferentes ramas de la producción, etc.), imponen la crítica al esquema recibido. El exclusivo recaudo para estimar la singularidad de manera indubitable estriba en la sujeción al objeto real; la construcción del modelo, en cambio, ofrece, con sus imprecisas y caprichosas alternativas de elección, la posibilidad cierta de anular la anomalía.²⁴

²³ Una vez establecido el punto de partida en la mercancía, como hemos visto, Marx (1981) agrega: «Análizo esta [la mercancía] fijándome ante todo en la forma bajo la cual se presenta. Aquí descubro que ella es, por una parte, en su forma natural, un objeto de uso alias valor de uso, y, por otra parte, la encarnación del valor de cambio y, desde este punto de vista, «valor de cambio» ella misma. Un análisis más profundo de este último me revela que el valor de cambio no es más que una «forma fenoménica», un modo de presentación independiente del valor contenido en la mercancía, y paso después al análisis del valor» (p. 176). Por su parte, Therborn (1980, p. 290) indica que, cuando Weber juzgaba al materialismo histórico como la más importante construcción típico ideal, demostraba lo poco que sabía del marxismo; Marx y Engels nunca se propusieron tal construcción; no trabajaron observando la distinción entre la media y el ideal. Agrega que «la construcción de conceptos del materialismo histórico queda fuera de la problemática empirista de Weber, en la que los conceptos se abstraen de la realidad, como ideales acentuados o como medias, en vez de ser producidos por el trabajo teórico» (p. 290-291).

²⁴ Esto se refleja en la antinómica captación que hacen John Haldon y Anderson del sistema tributario. Haldon tiene una dilatada producción al respecto. Indico el primero de sus trabajos y el más reciente: Haldon, 1993; 2003. Anderson, 1979b, apéndice. Haldon construye su modelo de modo de producción tributario por reunión de rasgos comunes de sociedades campesinas y deja de lado el feudo occidental en tanto anomalía sobre estructural. Anderson, por el contrario, elige esa peculiaridad institucional como definitoria del modo de producción feudal, basado en la premisa de que los elementos políticos trascienden al plano de las relaciones sociales en todo modo de producción precapitalista. Esta elección de Anderson se desprende del seguimiento de atributos del sistema feudal que enumera, sometiendo así al modelo a una referencia mucho más abierta a la complejidad histórica que en otras ocasiones. En su concepto sobre feudalismo, Anderson se acerca nuevamente al concepto, muy elaborado, que Weber tenía sobre esta sociedad.

Las comunicaciones entre sistemas de conocimiento

En su irreconciliable antítesis de principios, Marx y Weber nos sorprenden con una última paradoja: sus contactos, sus convergencias, no siempre fáciles de reconocer. Del mismo modo que Anderson no fue tomado en cuenta por historiadores aferrados a otros principios epistémicos, Weber fue muchas veces desconocido por la tradición marxista. Ha sido un error. Sus análisis comparativos de religiones, su concepto del cristianismo como un conglomerado heteróclito de doctrina, a partir del cual cada segmento social elabora, por afinidad electiva, su propia religión, sus estudios sobre historia económica, exponiendo el *Verlagssystem* en la transición al capitalismo contrapuesto a la imagen (habitual en su momento) de las ciudades flamencas o italianas, sus escritos políticos, dando una enseñanza práctica acerca del carácter de clase del Estado, cuando, convencido del agotamiento histórico de la función dirigente de los *junkers*, llamó a la burguesía alemana a que asumiera su responsabilidad para conducir esa maquinaria inerte que es la burocracia, y muchos otros aspectos, son conquistas de su intelecto que se incorporaron a las ciencias sociales.²⁵ El Georg Lukács de *Historia y conciencia de clase*, comprometido con la defensa del marxismo ortodoxo, supo sacar partido de esos aportes de su amigo Weber (en realidad, se estudiaron mutuamente y de este contacto surgió una recíproca admiración en la disparidad).²⁶ El concepto de Weber del burócrata moderno, como fiel observante del dictado de la ley, es retomado por Lukács para reconsiderar la enajenación (Lukács, 1969). El acoplamiento que logra entre el concepto de alienación de Marx y los estudios de Weber sobre dominación legal de la burocracia es admirable. El funcionario, situado ante una objetividad que brota de su propia actividad, pero que no domina sino que lo domina, siendo esta una consecuencia, por otra parte, de una división social del trabajo que fracciona la *praxis* humana en partículas, extiende, con su propia naturaleza, el concepto de alienación a la clase dominante. Es así como la racionalidad del sistema, que Weber reconoció, presupone, para Lukács, la negación de las facultades racionales de la

²⁵ Weber, 1961, 1982. Sobre la actuación política de Weber, vid. Giddens, 1997.

²⁶ Nuevamente, el testimonio de Marianne Weber (Weber, 1995, p. 648 y s.). Lukács luego se vuelve mucho más crítico hacia Weber, y, si bien sus dardos impactan sobre los innegablemente débiles flancos del sociólogo alemán, silencia injustamente sus aportes. La influencia del medio institucional estalinista en la URSS, en el que Lukács trabajó en ese período cerradamente antiweberiano, explica posiblemente gran parte de esta actitud.

persona; negación que Weber, aferrado a la idea de una espontánea y creciente propiedad cognoscible del capitalismo (y por lo tanto a la posibilidad de dominio de sus leyes de evolución), no pudo ni siquiera intuir.

Este último hecho nos alerta sobre la convergencia de dos sistemas anti-téticos. No se trata sólo de que el análisis analógico de Weber (objetado posteriormente por Lukács) no guarda ninguna similitud con el materialismo histórico. Tampoco se reduce el problema al enfoque. Se trata de que entre el tipo ideal y el desarrollo empírico se verifica, según Weber, un acercamiento progresivo a medida que nos aproximamos al mundo moderno, aunque estos dos planos nunca los concibió como superpuestos. Esto deriva de que Weber consideraba que el capitalismo implicaba una actividad crecientemente intelectualizada, más allá de los obstáculos que impedían que se diera en la práctica un evolucionismo lineal, como la recaída eventual en el tradicionalismo, y es esta tendencia la que otorgaba a su teoría del cambio un esquema lógico (*vid.* Parsons, 1966, p. 499). Esto tiene sus consecuencias. La objetivación, derivada de una acción con sentido implica que, en la medida en que el comportamiento social está progresivamente intelectualizado, la objetividad resultante será aprehensible para el sujeto mediante la razón y el cálculo.²⁷ De hecho, Weber reafirma la negación de cualquier problema en torno a la objetividad. El concepto marxista de alienación no entra entonces en ese universo sin misterios, sin fetichismo de la mercancía, ni plusvalía, ni alienación. Con esa total exclusión problemática, pero basándose en la descripción psicológica social y sociológica que Weber hace del funcionario, y por eso mismo trascendiendo esa exclusión, Lukács capta una cualidad de la enajenación desconocida hasta entonces, cuando publica su libro en 1923.

En determinados momentos, nos asiste el derecho a creer que algunas precisiones claves de Weber quedaron ocultas en su gigantesco esfuerzo. Por ejemplo, las estratificaciones sociales precapitalistas, definidas a partir del concepto de *status*, con la muy discutible exclusión del concepto de clase, advierten que, en sociedades donde imperan separaciones jurídicas, se insti-

²⁷ Weber (1966): «La intelectualización y la racionalización crecientes [significan] el saber o el creer que si se quiere se puede, que no hay ninguna fuerza misteriosa e imprevisible que interfiera, que, antes bien, todas las cosas pueden ser dominadas por el cálculo» (p. 16). Weber (1961): «Lo que creó capitalismo fue la empresa duradera y racional, la contabilidad racional, la técnica racional, el derecho racional; a todo esto había que añadir la ideología racional, la racionalización de la vida, la ética racional de la economía» (p. 298).

tuye una barrera infranqueable para la universalidad del consenso.²⁸ Este hecho, que Gramsci observó con sagacidad, ha pasado desapercibido para Anderson, tan influenciado en diferentes aspectos por Weber, y para muchísimos otros historiadores.²⁹ La potencialidad problemática de la observación es incalculable; se sintetiza en el interrogante sobre cómo funcionan sociedades sometidas a muy débiles índices de integración entre sus diferentes clases estamentales.

Otros temas que Weber trató pueden también retomarse críticamente desde tradiciones diametralmente opuestas. Uno de ellos es la acción con sentido en su estudio sobre la ética protestante y la formación del capitalismo (objeto, además, de infinitas caricaturas vulgares). Ese famoso ensayo es, tal vez, la más franca declaración de combate de Weber contra el criterio de determinación de Marx (que une en su crítica al de Sombart), aunque exhibe un entendimiento muy rudimentario de este concepto del materialismo histórico, que, indudablemente, observó con los cristales del mecanicismo de la socialdemocracia alemana. Por ejemplo, para el análisis marxista, el salario surge como una necesidad para el trabajador ante la expropiación de sus medios de subsistencia; obligado a proveerse de los bienes de consumo en el mercado, disponer de recursos líquidos es una imposición material. Este condicionamiento no presupone, para un historiador marxista liberado de la vulgaridad, desconocer las dificultades que enfrentaron los primitivos industriales en busca de una mano de obra que respondía muy mal al estímulo salarial y al trabajo continuo (*vid.*, por ejemplo, Kula, 1966). Para Weber, en cambio, el obrero sólo entrará en la lógica del salario si logra desembarazarse de la mentalidad tradicional, que el hombre tiene por naturaleza, y accede al espíritu capitalista del beneficio (obsérvese, además, que en esta proposición se revela la diferencia profunda entre la noción marxista de beneficio y salario, por un lado, y la de Weber, por otro, adherido a la teoría económica neoclásica). La mentalidad debe ser sometida, pues, a un largo proceso educati-

²⁸ El criterio de clase para Weber se limita a la sociedad moderna, ya que define a la clase exclusivamente por el mercado. Esto es una consecuencia del enfoque dicotómico (habitual en la historiografía alemana del momento) entre economía monetaria y economía natural; en esta última, debe hablarse, en términos jurídicos y culturales, de la situación estamental (*Stand, ständische Lage*) que guían las conductas de vida (*Lebensführung*). Al respecto, Weber, 1964, p. 223 y s., 631 y s. Con esta propuesta, Weber se sitúa en las antípodas del examen marxista. Pero el análisis de la segmentación social precapitalista que logra Weber es de lectura inexcusable para cualquier autor que se defina como marxista.

²⁹ Gramsci, 1962, p. 162. Anderson (1981, p. 51 y s.) dice que todas las clases dominantes en la historia han tenido el consentimiento de los explotados.

vo. El mismo razonamiento aparece con relación al *Verlagsystem*; las transformaciones técnicas del siglo XVIII no se debieron a una contradicción entre fuerzas productivas (precapitalistas) y relaciones de producción (capitalistas), ni a una dinámica que llevaba a la reinversión productiva de la plusvalía, sino a un cambio de mentalidad, al espíritu capitalista.

Irónicamente, esta búsqueda weberiana de la indeterminación es rescatable, con reformulaciones, bajo los parámetros de deterministas como Giddens o Bourdieu.³⁰ Otra vez, estamos ante los extraños caminos de las ciencias sociales, donde las mayores distancias encuentran inopinadas confluencias. La pedagógica inculcación cultural protestante que, para Weber, guía racionalmente al capitalista se contrapone a la prioridad de las estructuras objetivas en las que los mencionados autores ven la fuente última de las prácticas reproductoras de estructuras objetivas, es decir, de las conductas recursivas en la que se fundamenta la práctica social estructurante. Esa adquisición de un esquema organizador de las prácticas propias y ajenas, por interiorización de estructuras objetivas, se opone, pues, a la prioridad subjetiva de Weber, de la misma manera que su cartesiano hombre moderno (regido por el *cogito ergo sum*, o sea, por la acción racionalmente orientada) no se corresponde con la lógica de la práctica de Giddens o de Bourdieu, como lógica en sí, sin reflexión lógica ni control lógico (con esa noción de reflexividad baja, estos autores aspiran a superar la dicotomía entre autómatas estructuralista y sujeto trascendiendo la estructura). En suma, esa conducta razonable está lejos de la conducta cotidiana profundamente racional del hombre moderno de Weber (y, de hecho, en Giddens o en Bourdieu, ese concepto no presupone un control racional de la objetividad ni compromete el concepto de alienación).

Nuevamente, nos interesamos por la convergencia que se vislumbra detrás de la disparidad teórica y metodológica. Weber no sólo postuló un campo problemático sino que también dio pasos encaminados a su resolución. Sus enseñanzas

³⁰ Giddens, 1995; Bourdieu, 1991; 1997; Bourdieu y Wacquant, 1995. Por su parte, Norbert Elias (1993) estudió el proceso psicosocial genético por el cual la aristocracia europea interioriza un comportamiento racionalmente controlado, con inspiración weberiana en lo que respecta al tema y a su resolución (importancia de la pedagogía de Erasmo y otros), aunque incluye modificaciones deterministas, por la importancia que le otorga a la coacción social de la corte en el control de la conducta, en un largo proceso comenzado en el siglo XVI. Advertimos, en relación con el argumento metodológico discutido, que Elias también reproduce un modelo evolucionista formal que desconoce cualquier contratiempo, como ser, las resistencias locales que surgieron ante la *civilité* francesa, o el carácter cambiante de las lenguas de prestigio. Son cualidades empíricas que, suprimidas, confirman su esquema como tipo ideal.

sobre el impulso que para la actividad empresarial significó la doctrina de la predestinación tienen tanta vigencia para el estudio de la historia como para el estudio actual de los «aparatos ideológicos» que reproducen el sistema.

El mismo Weber, en su oposición a Marx, tomó un espectro de sus conceptos. El más notable, posiblemente, fue el de expropiación que la burguesía efectúa de los medios de coacción y gestión de la nobleza, concepto de una enorme riqueza para un ordenamiento de la problemática del Estado moderno. Es este un préstamo del concepto de expropiación de los productores de sus medios de producción expuesto por Marx sobre la llamada acumulación originaria. Es posible hallar otros. Pero más allá de apuntes concretos, destaquemos, por último, el mismo tema de los orígenes del capitalismo, que presupone cuestiones referidas a su desarrollo, una señal de que la obra de Marx comenzó a imponer su agenda en un primer círculo calificado de académicos.³¹

Conclusiones

Con independencia de los matices que imponen diferencias en nada despreciables, es posible establecer una separación esencial entre tradiciones que nacieron en los fundadores del análisis social. Se define en torno a la construcción o no construcción de modelos. Es una diferencia epistemológica inicial, es decir, situada en el punto de partida del análisis. Es el primer rasgo a destacar.

El segundo, es que esta disimilitud subyace tras la variedad de temas o problemas tratados, y, más significativo aun, tras la diversidad de conceptos que los autores emplean.

En tercer lugar, advertimos que la metodología de Marx, tan deliberadamente distante del sistema conceptual previo, comparte con el método histórico profesional un recorrido inicial. Pero, mientras que, para el positivismo, la hermenéutica de las fuentes es la consumación del trabajo (la única excepción es la incursión abstracta especulativa), para Marx es sólo un momento analítico destinado a determinar un continuo de datos, momento que dejará atrás con su inmersión en la teoría. En esa elaboración reaparecen todos los sistemas teóri-

³¹ Una vez indicadas las diferencias epistemológicas, Therbon (1980) dice que Weber tomó de Marx «diversas intuiciones e ideas y, sobre todo, la noción de capitalismo como centro de estudio e interés» (p. 308). También, Hobsbawm (1998): «la historia weberiana es inconcebible excepto en la medida en que tome a Marx, o al menos a la Fragestellung marxista, como punto de partida» (p. 173).

cos, todos los esquemas, aun los descartados por no haber superado la prueba experimental. Sus desafíos, sus insinuaciones, sus errores, vuelven entonces a confrontarse con los datos históricos.

Jerarquizar el estudio documental, destinado a fijar los hechos, no presupone desentenderse del afán de Ansaldi por terminar con la historia *historizante*, ni olvidar el rol que le cabe en esto a la sociología histórica. Los problemas epistémicos indicados acompañan su *combate por la historia*.

Esta última aserción lleva a cuestiones prácticas, es decir, a las habituales expresiones profesionales del método. Un diagnóstico, en su temida crueldad, ilumina el camino deseable.

La desvalida imagen que ofrecen actuales neopositivistas argentinos es un obstáculo para apreciar la verdadera naturaleza del trabajo con fuentes. La tradición de la disciplina se esconde detrás de su torpeza: el análisis morosamente cualitativo de los documentos no figura entre sus habilidades. Tampoco la estadística. Ignoran cómo destinar cuatro o cinco horas de un seminario al examen de un texto. La ausencia de teoría es, pues, un aspecto (significativo) de un problema más vasto: el de un originario positivismo doctrinal que, ya sea por inercial fidelidad a sí mismo, o aspirando a la descripción fenomenológica de una totalidad social que sólo entiende de manera enciclopédica y poco analítica (es el «otro maquillaje» de la historia *historizante* del que habla Ansaldi), se deslizó hacia su paulatina y silenciosa degradación sin transformarse. El académico postmoderno es una pretenciosa nota de pie de página que confirma este argumento. Este aspecto es el que Ansaldi nos recuerda.

Pero, por otro lado, convive, junto a ese experimentalismo de superficie, una no menos nefasta creencia de que la profundidad se alcanza sólo con el modelo. Un docente universitario que profesa la curiosa certeza de que explicar un suceso histórico es remedar una controversia historiográfica no es menos descriptivo que el que narró acontecimiento por acontecimiento. Tampoco lo supera en talento. Cuando la investigación falta, sólo queda rumiar argumentos ajenos que, repetidos durante años, transforman al señor profesor en un paradigma del hastío.

Estos casos, meritorios actores de una representación tragicómica, no son tipos ideales. Son tipos reales. Legitimados por concursos, esos profesores subsisten por maniobras que absorben todas sus energías. Maniobras que no sólo preservan sus existencias académicas sin fundamento académico; mantienen también su objetivación, el edificio institucional, a resguardo de los cambios. Pero su

mención en este artículo sólo tiene un alcance metódico. Esos caletres en perpetuo descanso nos indican el comienzo del abismo; ayudan a encontrar un camino que nos lleve a visitar tanto la rigurosidad del erudito como la verdadera filosofía para reflexionar sobre los hechos.

Bibliografía

- Adorno, Theodor, W. (1996 [1968]) *Introducción a la sociología* (Compilado por Christoph Gódde), Barcelona.
- Anderson, Perry (1979a) *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*. Madrid.
- (1979b) *El Estado Absolutista*, Madrid.
- (1981) *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente*, Barcelona.
- (1985) *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, Madrid.
- Ansaldi, Waldo (ed.) (1994) *Historia. Sociología. Sociología histórica*, Buenos Aires.
- (2002) «De abejas, de arquitectos y de carpinteros. A propósito de 'Historia y ciencias sociales'», en *Sociohistórica*, 11-12.
- Astarita, Carlos (1992) *Desarrollo desigual en los orígenes del capitalismo*, Buenos Aires.
- (1994) «La discutida universalidad del sistema tributario», en *Studia Historica. Historia Medieval*, 12.
- (1997a) «El Estado feudal centralizado. Una revisión de la tesis de Perry Anderson a la luz del caso castellano», en *Anales de Historia Antigua y Medieval* 30.
- (1997b) «Representación política de los tributarios y lucha de clases en los concejos medievales de Castilla», en *Studia Historica. Historia Medieval*, 15.
- (1997c) «Dinámica del sistema feudal, marginalidad y transición al capitalismo», en Carrillo, S. et al., *Disidentes, heterodoxos y marginados en la historia*, Salamanca.
- (1997d) «Asymmetrical Trade in the Feudal System and in the Early Transition to Capitalism», en *New Left Review*, 226.
- (1999a) «Classe sociale, statut et pouvoir de la 'caballería villana' de Castille. Une révisión», en *Le Moyen Age*, 2, t. CV.
- (1999b) «Intercambio y desarrollo desigual en la Baja Edad Media. Interpretaciones sobre Italia y Castilla», en *Lezioni/ Strumenti* 8, Firenze.

- (2000) «Historia y ciencias sociales. Préstamos y reconstrucción de categorías analíticas», en *Sociobistórica*, 8.
- (2004) «El factor político en los modos de producción feudal y tributario. Génesis y estructura en perspectiva comparada», en *Anales de Historia Antigua Medieval y Moderna*, 35-36.
- (2005) *Del feudalismo al capitalismo. Cambio social y político en Castilla y Europa Occidental, 1250-1520*, Valencia-Granada.
- Bartra, Roger (1978) *El poder despótico burgués*, México.
- Bobbio, Norberto (1985) *Estudios de historia de la filosofía: de Hobbes a Gramsci*, Madrid.
- Bourdieu, Pierre (1991) *El sentido práctico*, Madrid.
- (1997) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc, J.D. (1995) *Respuestas por una antropología reflexiva*, México.
- Brenner, Robert (1986a) «Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial», en Aston, T. H. y Philpin, C. H. E. (eds.), *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico de la Europa pre-industrial*, Barcelona.
- (1986b) «Las raíces agrarias del capitalismo europeo», en, Aston, T. H. y Philpin, C. H. E. (eds.), *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico de la Europa pre-industrial*, Barcelona
- (1989) «La base social del desarrollo económico», en Roemer, J. E. (compilador), *El marxismo: una perspectiva analítica*, México.
- (1993) *Merchants and Revolution: Commercial Change, Political Conflict and London's Overseas Traders. 1550-1653*, Cambridge.
- (1996) «The Rises and Declines of Serfdom in Medieval and Early Modern Europe», en Bush, M. L., *Serfdom and Slavery. Studies in Legal Bondage*, Londres.
- Bulst, Neithard (1998) «Stadt und Bürgertum und die Anfänge des modernen Staats», en Bilst, N. y Genet, J-Ph. (ed.), *La ville, la bourgeoisie et la genèse de l'Etat Moderne (XIIe-XVIIIe siècles)*, CNRS, París.
- Cohen, Jean, L. y Arato, Andrew (2000) *Sociedad civil y teoría política*, México.
- Dobb, Maurice (1975) *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Buenos Aires.
- Elias, Norbert (1993) *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México.
- Giddens, Anthony (1971) *Capitalism and modern social theory. An analysis of the writings of Marx, Durkheim and Weber*, Cambridge.

- (1995) *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires.
- (1997) *Política, sociología y teoría social. Reflexiones sobre el pensamiento social clásico y contemporáneo*, Barcelona.
- Gramsci, Antonio (1962) *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires.
- Haldon, John, F. (1993) *The State and the Tributary Mode of Production*, Londres-Nueva York.
- (2003) Bizancio y el temprabno Islam: Análisis comparativo de dos formaciones tributarias medievales», en *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, 35-36.
- Hintze, Otto (1968) *Historia de las formas políticas*, Madrid.
- Hobsbawm, Eric (1998) «Marx y la historia», en *Sobre la historia*, Barcelona.
- Honigsheim, Paul (1977) *Max Weber. Apuntes sobre una trayectoria intelectual*, Buenos Aires.
- Kula, Witold (1966) *Investigaciones comparativas sobre la formación de la clase obrera*, Primera conferencia internacional de historia económica, Mouton, 1960, separata de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Le Goff, Jacques (2004) *En busca de la Edad Media*, Buenos Aires.
- Lewis, John, (1981) *La sociología de Max Weber*, México.
- Lukács, Georg (1968) *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*, Barcelona-México.
- (1969) *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*, México.
- Mann, Michael (1986) *The sources of Social Power, 1, History of Power from the Beginning to A.D. 1760*, Cambridge.
- Marcuse, Herbert (1971) *Razón y revolución*, Madrid.
- Marx, Karl (1972-1976) *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador), 1857-1858*, Madrid.
- (1976) *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, Frankfurt.
- (1981) «Glosas marginales al «Tratado de economía política» de Adolph Wagner», en Dobb. M. et al, *Estudios sobre El Capital*, México.
- Monsalvo Antón, José María (1986) «Poder político y aparatos de dominación de estado en la Castilla bajomedieval. Consideraciones sobre su problemática», en *Studia Historica. Historia Medieval*, IV, 2.
- (1998) «Crisis del feudalismo y centralización monárquica castellana. (Observaciones acerca del origen del ‘estado moderno’ y su causalidad)», en

- Estepa, C. y Plácido, D. (coord.), *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*, Madrid.
- Mousnier, Robert (1986) *La monarquía absoluta en Europa del siglo V a nuestros días*, Madrid.
- Parsons, Talcott (1966) *El sistema social*, Madrid.
- Pirenne, Henri (1981) *Historia de Europa. Desde las invasiones al siglo XVI*, México.
- Porshnev, Boris (1978) *Los levantamientos populares en Francia en el siglo XVII*, Madrid.
- Poulantzas, Nicos (1985) «Introducción al estudio de la hegemonía en el Estado», en *Hegemonía y dominación en el Estado Moderno*, México.
- (1979) *Estado, poder y socialismo*, México.
- Romero, José Luis (1967) *La revolución burguesa en el mundo feudal*, Buenos Aires.
- (1980) *Crisis y orden en el mundo feudoburgués*, Buenos Aires.
- Rubel, Maximilien (1970) *Karl Marx. Ensayo de biografía intelectual*, Buenos Aires.
- Schumpeter, Joseph, A. (1971) *Historia del análisis económico*, Barcelona.
- Thompson, Edward Palmer (1981) *Miseria de la teoría*, Barcelona.
- Thompson, Edward Palmer (1994) «Las peculiaridades de los ingleses», *Historia Social*, 18.
- Therborn, Göran (1980) *Ciencia, clase y sociedad. Sobre la formación de la sociología y del materialismo histórico*, Madrid.
- Weber, Marianne (1995) *Max Weber. Una biografía*, Valencia.
- Weber, Max (1961) *Historia económica general*, México.
- (1964) *Wirtschaft und Gesellschaft*, Colonia-Bonn.
- (1966) «La ciencia como profesión», en *El sabio y la política*, Buenos Aires.
- (1977) *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona.
- (1982) *Escritos políticos*, México.